

el mar Atlántico comunicase con este océano desconocido, se podría pasar por este estrecho á la India.

En concepto del almirante, era de alta importancia el asegurarse de si este estrecho existía, porque en este caso se ahorrarían muchos rodeos y dilaciones á los navíos que yendo de España á la India atravesando la América, no tendrían que seguir el camino al rededor del Africa, descubierto por Vasco de Gama. Cruelmente ofendido se hallaba Colon por la corte de España, y sin embargo, olvidó las injusticias y humillaciones que le habían hecho sufrir: haciendo al universo, á quien aun quería ser útil, el generoso sacrificio de su justo resentimiento, se determinó á arrostrar los peligros de un nuevo viaje, y á esponder su vejez á las contingencias de una remota expedición.

El proyecto del almirante fué bien recibido en la corte, porque proporcionaba la ocasión y el medio de alejar á un hombre cuya presencia era un estorbo. Fernando é Isabel creían satisfacer á Colon con esta nueva empresa, y atendida su habilidad, esperaban de ella los mas felices resultados. Por esto se apresuraron á mandar se equipase una escuadra para ponerla á sus órdenes.

Cuatro miserables navíos componían esta escuadra, y todavía la mayor de estas embarcaciones no llegaba á la mitad del porte de un buque mercante ordinario. Tales eran las fuerzas que ponían á disposición de Colon para una empresa de tanta importancia; con una escuadra semejante debía lan-

zarse á un mar remoto, desconocido, y hallar un camino por donde el gobierno español esperaba apropiarse de las riquezas de la India, quitando á los portugueses las ventajas inmensas de su monopolio.

Aquí principalmente es donde hay que admirar la intrepidez de Colon: otro que él hubiera retrocedido con espanto al ver las dificultades de una empresa que tan escasos recursos contaba, á vista de los peligros de una expedición en tan mezquinas embarcaciones. Entusiasmado con el recuerdo de su primer viaje, rejuvenecido en cierto modo con la esperanza de nueva gloria, no titubeó un instante en embarcarse. Llevaba consigo á su hermano Bartolomé y á su hijo primogénito, de edad de trece años, que debía ser algun dia quien escribiese su vida.

Colon se hizo á la vela desde Cádiz el 11 de mayo de 1502, diez años despues de su primera expedición. Se dirigió segun su costumbre á las Canarias, sin mas obstáculo que la marcha lenta de la mayor de sus naves. Se dirigió hácia Santo Domingo para cambiarla por otra, y apenas estuvo á la altura de la isla, hizo saber á Ovando el motivo de su llegada, pidiéndole permiso de entrar en el puerto, que le fué negado por el gobernador. Colon como experimentado marino, conocia por indicios seguros que iba á estallar un terrible huracan; por lo tanto suplicó á Ovando que le permitiese guarecerse en el puerto, mientras pasaba la tormenta. Disponíase el gobernador por entonces á en-

viar á España una flota considerable, y Colon creyó que debía advertirle el peligro que corría si no dilataba su partida por algunos dias mas.

Ovando fué inflexible; menospreció el aviso de Colon, burlándose de su pronóstico, que miraba como un desvario ó un cálculo de mala fe. Volvióse á prohibir la entrada del puerto á la escuadra del almirante, y la gran flota equipada por Ovando se hizo á la vela para España; pero los acontecimientos justificaron bien la prevision del almirante.

Colon preparado contra el huracan, preservó á sus navíos del naufragio con sus sábias precauciones; pero la rica flota que se habia hecho á la vela para España, pereció casi toda; de las diez y ocho embarcaciones de que se componia, solo tres se salvaron. Bobadilla y Roldan, que se habían embarcado en esta flota, recibieron el castigo de su odiosa conducta contra Colon, yéndose á pique con todas las riquezas, fruto de sus rapiñas en la isla Española. Ocurrió una circunstancia muy notable en este naufragio: habian colocado los restos de los bienes de Colon en el peor navío de la flota, y este fué el que menos padeció y el único que pudo continuar su rumbo á España, porque los otros dos tuvieron que volverse á Santo Domingo á causa de sus considerables averías. Hubo espíritus supersticiosos, que lejos de ver en esta circunstancia un efecto de la justicia divina, creyeron que Colon era un hechicero y que con la ayuda de sortilegios y el concurso de espíritus poderosos dóciles á sus órde-

nes habia escitado aquella tempestad para vengarse de sus enemigos. Así es como explicaban la conservacion del navío que llevaba los bienes del almirante.

Indignado contra el implacable gobernador de la isla, donde hasta le rehusaron un refugio para escapar de una horrible tempestad, Colon se hizo á la vela al Oeste y hácia el continente con sus buques que habian padecido alguna cosa.

En este viaje corrió muchos peligros y abordó por fin á una isla llamada Guanaja, situada á corta distancia del continente por la parte de Honduras. Apenas ancló, tuvo buen cuidado de enviar á reconocer aquella tierra. Dió esta comision á su hermano Bartolomé, que al llegar á la costa acompañado de otros hombres, se encontró una barca india, construida con mejor arte que las canoas de los salvajes. En medio de esta barca, muy larga y de ocho piés de ancho, se elevaba un cobertizo de hojas de palmera, que recordaba el de las góndolas de algunos países de Europa; bajo este techo habia muchas mujeres y niños y se contaban además en la barca veinticinco hombres.

Quisieron alejarse de los españoles; mas al ver que estos les daban caza, se rindieron sin hacer uso de sus armas. Se procedió á registrar la embarcacion y se hallaron colchones, camisas sin mangas, de hilo de algodón, y otros vestidos; tambien las telas de que las mujeres se servian como de mantas, grandes espadas de maderas cuyo doble filo estaba

formado por pedernales, sujetos en una juntura con hilo y resina, hechas de cobre, y otros utensilios del mismo metal. Estos salvajes estaban desnudos, á escepcion del medio del cuerpo, cubierto con una tela de algodón. Sus alimentos eran casi los mismos que usaban los naturales de la isla Española, solo que su bebida habitual consistia en una especie de cerbeza, hecha con maíz cocido. Se halló tambien en la barca una corta cantidad de almendras de cacao, las que los indios tenian en mucha estima, porque les servian de moneda: estas fueron las primeras almendras de este género vistas por los europeos.

Colon muy satisfecho por un encuentro que podria proporcionarle las noticias que le eran tan necesarias, encargó á sus compañeros que trataran á los indios con el mayor miramiento, á fin de atraerlos y ganarse su amistad. Cambió con ellos algunas mercaderías, y cuando hubieron respondido á las importantes preguntas que les hizo, les restituyó su gran canoa, concediéndoles permiso de ir donde quisiesen. El almirante se quedó con un viejo, dotado al parecer de una inteligencia superior á la de los demás indios, sin que este anciano manifestase sorpresa ni pesadumbre por verse prisionero á bordo. Colon le destinaba á servir de intérprete y medianero en sus relaciones con los salvajes.

Gracias á las indicaciones de este indio, que se espresaba por signos, Colon supo que en una vasta comarca situada al Oeste habia mucho oro; que los

habitantes llevaban en la cabeza coronas de este metal y gruesos anillos tambien de oro en los brazos y piernas, y que guarnecian de oro las mesas, las sillas y los cofres. Habiéndole presentado al indio corales, especias y otras producciones, aseguró que tambien abundaban en aquel fértil país: El anciano queria sin duda significar el territorio de Méjico. La perspectiva de tantas riquezas escitaba fuertemente la codicia de los compañeros de Colon, que pedian con vivas instancias ser conducidos á un país que tanto les ponderaban; pero el almirante, subyugado por el deseo de lograr el objeto de su viaje, resistió á los ruegos de la tripulacion, y sordo á sus murmuraciones, siguió el rumbo al Este costeando la Tierra Firme.

Se dirigió de la costa de Honduras hácia el Este, esperando encontrar el estrecho, que segun las aserciones de los salvajes, debia hallarse hácia aquel paraje; pero unos y otros se engañaban. Los indios habian tenido por un istmo el estrecho que Colon les dibujaba y le habian enviado al Dar en.

Siguiendo la espedicion su camino á lo largo de las costas, encontró hombres mas salvajes que los que se habian visto hasta entonces y cuyo género de vida era muy diferente. Estaban enteramente desnudos, comian la carne y pescados crudos sin ninguna especie de condimento. Sus orejas, estiradas con los objetos que de ellas colgaban, les caian casi hasta los hombros; todo su cuerpo ofrecia una estraña variedad de figuras de animales, como leo-

nes, ciervos y otras especies trazadas con ayuda del fuego. Los personajes mas importantes entre aquellos indígenas se distinguian por sus gorros azules ó encarnados de tela de algodón. Unos se pintaban el rostro de negro, otros de encarnado, otros con rayas de varios colores, y habia tambien algunos que solo se pintaban los labios, las narices y los ojos. Tenian en las orejas unos agujeros tan grandes que podia pasar por ellos un huevo de gallina. Esto es lo que determinó á Colon á dar á este país el nombre de *Costa de las Orejas*.

Continuando su rumbo, aunque con lentitud, porque los vientos contrarios y las corrientes retardaban su marcha, llegó á un promontorio que daba vuelta hácia el Sud, siendo favorecido para seguir en esta direccion por el mismo viento contra el que habia luchado por tanto tiempo. Puso á este promontorio el nombre de *Gracias á Dios*, como un testimonio de su agradecimiento á la Providencia que le habia concedido este nuevo beneficio.

Fondeó pocos dias despues en otro paraje, y en el momento en que los españoles se preparaban á bajar á tierra, vinieron los salvajes armados y en sus canoas para oponerse al desembarco; mas cuando conocieron que los españoles no tenian intenciones hostiles, se acercaron sin desconfianza y quisieron venderles sus géneros, que consistian en armas de toda clase, como mazas, ballestas, bastones de madera negra y dura, cuya extremidad presentaba una punta muy aguda, formada con una espina de

pescado, chalecos de algodón y pedacitos de oro de bajo color con que adornaban su cuello.

El almirante les distribuyó bagatelas de Europa, en cambio de las cuales nada quiso tomar; cosa que desagradó mucho á los indios. Instaron entonces á los españoles para que bajasen á tierra; pero viendo que se resistian á sus instancias, creyeron que se desconfiaba de ellos, y para evitarlo enviaron á los españoles un anciano de figura venerable. Llevaba un estandarte, sin duda como signo de paz, y le acompañaban dos jovencitas con el cuello guarnecido de placas de oro. Pidió ser presentado al almirante, que recibió con su habitual bondad al anciano y á las dos jóvenes. Despues que les dieron de comer y les regalaron vestidos europeos, los enviaron á tierra, muy satisfechos del recibimiento que les habian hecho los españoles.

Al dia siguiente, el hermano de Colon bajó á tierra y se quedó sorprendido al encontrar en la costa los objetos que se habian regalado á los indios. Creyóse que esto seria por efecto de la delicadeza de los indios, que no querian recibir regalos á que ellos no correspondiesen. En el momento en que el hermano de Colon desembarcó, fué recibido por dos jefes indios que le abrazaron, invitándole á sentarse junto á ellos en la yerba. Condescendió Bartolomé, para hacerles diversas preguntas por medio del intérprete indio, y su secretario se preparó á escribir las respuestas. Mas apenas los salvajes vieron la pluma, el papel y el tintero, se levantaron

dando muestras de repentino espanto, y huyeron juntamente con los demás habitantes que por curiosidad se habian reunido al rededor. Los indios se habian imaginado, por efecto de su ignorante y crédula supersticion, que el secretario era un hechicero; habian tomado la pluma, papel y tintero por instrumentos de magia, con los que el encantador iba á proceder á alguna operacion funesta para ellos. Costó mucho trabajo el desengañarlos acerca de la persona del secretario, y no consintieron en acercarse á los españoles hasta haber empleado los medios que juzgaban á propósito para precaverse del maleficio. Este preservativo consistia en cierto polvo que arrojaron hácia á los españoles produciendo un humo al que atribuian sin duda el poder de conjurar los sortilegios, y el que dirigieron mas particularmente hácia el hombre que miraban como un hechicero.

Llevaron despues á Bartolomé á su poblacion donde nada encontró notable mas que un grande edificio todo de madera, que servia de cementerio á los habitantes. Vió en algunos sepulcros cadáveres envueltos en telas de algodón, y entre ellos habia uno que estaba embalsamado. Cada sepultura estaba cerrada con una plancha cubierta de figuras de animales, y cerca de algunas estaba colocado el retrato del difunto con estraños adornos.

Al otro dia el almirante retuvo á bordo algunos naturales del país, para obtener de ellos nuevos datos; pero los otros, no viendo regresar á sus paisa-

nos, se imaginaron que los retenian presos para hacerles pagar el rescate. En esta creencia enviaron á Colon unos comisionados para ofrecerle dos marranillos, suplicándole que en cambio de aquellos animales les entregase los presos, cuyo cautiverio tenia consternada á toda la poblacion. Colon les hizo entender que sus compatriotas no estaban presos, les prometió que pronto los enviaria, y les pagó el precio de los cerdos, con lo que los diputados se retiraron muy satisfechos de su entrevista.

Los dos cerdos que habian traído quedaron sobre cubierta, donde se hallaba tambien un gato montés, tan grande como un galgo de los de casta pequeña, y que habia sido cogido por un marinero despues de romperle una pata. Este animal, tan ágil como la ardilla, cuya vivacidad iguala, se le asemejaba además en sus costumbres, saltando de árbol en árbol y colgándose con la cola de las ramas. Así que los cerdos le vieron, tuvieron mucho miedo y quisieron escapar; pero los marineros cogieron uno y le plantaron delante del gato. Al instante saltó encima de él, y enroscándole la cola al rededor del hocico para apretársele, se agarró tan fuertemente con las patas delanteras á la cabeza del cerdo, que le hubiera muerto si los marineros no le hubiesen hecho soltar su presa.

Despues de algunos dias de navegacion, llegó el almirante á la embocadura de un río y determinó que algunos soldados bajasen á tierra; pero una multitud de indios armados acudieron á la orilla

para oponerse al desembarco. Se metieron mas de ciento en el mar, y adelantándose con el agua en la cintura, blandian sus lanzas, tocaban sus instrumentos bélicos, arrojaban agua á los españoles y les escupian yerbas mascadas para darles á entender su ódio y desprecio. Los españoles no hicieron caso de estas demostraciones amenazadoras y permanecieron impasibles, conforme á las órdenes del almirante que les habia encargado una gran moderacion.

Asombrados de la actitud pacífica de los españoles, los salvajes suspendieron al fin sus movimientos hostiles y establecieron relaciones comerciales, que valieron á los españoles diez y seis placas de oro, valor como de ciento cincuenta ducados, en cambio de algunos cascabeles.

Habíanse conducido los españoles con mucha moderacion; pero los indios, desconociendo el motivo que les hacia obrar así, le creyeron defecto de su cobardía y debilidad, y al dia siguiente cuando la chalupa quiso acercarse á tierra, dispararon contra ella sus azagayas. Un ataque tan temerario obligó á los españoles á probar á los indios que no les tenían miedo. El almirante les mandó disparar un cañonazo, y al mismo tiempo una flecha de la chalupa hirió á uno de los acometedores. Todos huyeron entonces y los españoles saltaron en tierra, no para perseguir á los indios, sino para hacerles señas que volviesen. Los salvajes conociendo que los hombres blancos no querian hacerles mal; aunque tenían poder para ello, abandonaron sus armas

y volvieron á la costa, para continuar amistosamente el cambio de placas de oro.

El almirante tomó todos los informes que le eran necesarios acerca de la naturaleza del país, sus diversas producciones y las costumbres de sus habitantes; despues se hizo á la vela para seguir costean-do con la esperanza de hallar al fin el estrecho que tanto buscaba. Llegó á una ancha bahía que formaba un puerto espacioso y seguro; cerca de esta bahía se divisaba una considerable poblacion india, al rededor de la cual habia tierras bian cultivadas. Colon dió á este paraje el nombre de Porto-Bello.

Los españoles no tuvieron queja de los habitantes de la poblacion, que se apresuraron á traerles hilo de algodón y víveres, en cambio de clavos, agujas y otros objetos de poco valor. Avanzando ocho millas mas lejos, llegó Colon al sitio en que despues ha sido edificada la ciudad de *Nombre de Dios*. El temporal le obligó á permanecer allí algunos dias, de los que se aprovechó para reparar sus navíos, que estaban en bastante mal estado. Quiso seguir su viaje; pero contrariado aun por el mal tiempo, hubo de acogerse á un puerto que llamó *del Retrete* ó la retirada.

Los habitantes del país se manifestaban al principio muy complacientes con los españoles; pero ofendidos por algunos marineros imprudentes, se irritaron contra aquellos extranjeros y formaron proyectos de venganza. Confiando en su excesivo número, que se aumentaba á cada instante, se dispusieron á